

Fiesta de la Natividad de la Virgen María
Ntra Sra del Pino, Patrona de Gran Canaria

Miércoles 8 de Septiembre de 2021

Excmos. Vicarios, Sr. Párroco y Coadjutor de esta Parroquia y Basílica de Nuestra Señora del Pino, sacerdotes concelebrantes; religiosos/as; diácono, seminaristas; Excmo. Sr. Presidente del Cabildo, Excmo Sr Alcalde y Corporación Municipal de Teror; Excms Alcaldes dignísimas Autoridades civiles y militares; Representantes de diversas Instituciones locales; devotos y hermanos todos en el Señor:

La Iglesia celebra hoy la fiesta de la Natividad de la Virgen María, “hija predilecta” del Altísimo, Madre del Verbo de Dios y Esposa virginal de José —como hemos escuchado en el Evangelio— “de la cual nació Jesús, llamado Cristo”. Hoy nace una hija y con ella nace la Madre por excelencia, la que estaba destinada a acoger en su corazón el proyecto salvífico de Dios para toda la humanidad, colaborando así en la misión redentora de su Hijo, el Salvador del mundo. De este modo la Virgen es contemplada también como “Nueva Eva” que, junto a Jesús, el “Nuevo Adán” y Primogénito de toda la creación, llevan a cabo “por el camino del amor”, el rescate para Dios de todo lo creado y su destino feliz en la consumación gloriosa del Reino de los cielos.

Por eso el nacimiento de María marca el momento en que comienza lo que San Pablo llama “la plenitud de los tiempos”, en que Dios “envió a su Hijo, nacido de mujer” (cf Gál 4,4). Momento sublime que la Iglesia celebra con gozo porque, en cierto modo, esta fiesta es como el cumpleaños de la Virgen, aunque Ella ya está inserta en la eternidad. Pero nosotros queremos festejarla uniéndonos al coro de “todas las generaciones” que a lo largo de los siglos felicitan a la Virgen y siguen proclamando su mismo cántico de alabanza.

Nos unimos al gozo de la Virgen y damos gracias a Dios por habérsela dado como Madre. Su rostro para nosotros es “Ntra Sra del Pino”, bajo cuya protección maternal nos acogemos, junto con toda nuestra Diócesis que cada ocho de Septiembre la aclama con fervor y la venera como excelsa Protectora. Y renovando una vez más nuestros sentimientos filiales hacia Ella, como Virgen y Madre, ponemos en sus manos nuestros deseos y necesidades personales, al mismo tiempo que le confiamos las ilusiones y proyectos de esta gran familia que, como ciudadanos y como

iglesia, se siente unida en torno a la imagen querida y entrañable de Ntra Sra del Pino.

Todo cumpleaños es una fiesta familiar. Por eso nosotros, sus hijos, en este día solemne volvemos nuestra mirada hacia Ella para contemplar su figura y venerar su vida, que para la Iglesia es siempre modelo a imitar, y sobre todo camino que nos lleva a Cristo.

En efecto, el Evangelio nos muestra cómo María, con la “gracia del Espíritu Santo” (cf Lc 1, 35) fue guiándose por la Escritura haciéndose así “oyente de la Palabra”. San Juan dirá que “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 18), puso su tienda en medio de nosotros naciendo del seno virginal de la Virgen María. Por eso, el encuentro con María es siempre un encuentro con Jesús. Ella nos lleva hasta su Hijo.

María, es inseparable de su Hijo, y Jesús inseparable de su Madre. Ella es como otra presencia del Señor, humilde, dulce y callada. Desde la Concepción hasta su Asunción al cielo, María recorre el camino de su Hijo, no solo yendo a su lado sino identificándose con Él. Es la Madre gozosa que siente su Hijo en su seno, y rebosa de alegría tras su nacimiento; la Madre, que guarda todas sus palabras en el silencio de su corazón; y que, acudiendo a la escuela de su seguimiento durante su vida pública escucha su Palabra poniéndola en práctica; es la Madre que sigue el proceso y la sentencia de muerte contra su Hijo inocente, sintiendo los latigazos y sus caídas como propias. Ella es la que al pie de la Cruz, nos recibió como hijos y lloró los desgarros del Hijo de sus entrañas hasta el último suspiro.

Y es la mujer que esperó contra toda esperanza que su Hijo no iba a morir para siempre, que no dudó nunca del amor de Dios y tuvo siempre la certeza –al igual que Abraham– de que “poderoso era Dios para resucitar a su Hijo”. ¡Quién podía ser mejor testigo de la esperanza en la resurrección que la madre que no puede olvidar el fruto de sus entrañas! Es por ello que hoy la mirada de Nuestra madre nos llama a la esperanza.

En este mundo, como nos dice el Santo Padre, en el que se desechan los valores imperecederos y todo es mudable, en donde triunfa el usar y tirar, en el que parece que se tiene miedo a los compromisos de por vida, la Virgen nos alienta a vivir la esperanza a ser hombres y mujeres constantes en el buen obrar, que mantienen su palabra, que son siempre fieles. Y esto porque confiamos en Dios y ponemos en Él el centro de nuestra vida y la de aquellos a quienes queremos.

Por otro lado, contemplando la bendita imagen que hoy veneramos de Ntra Sra del Pino con el Niño en sus brazos, descubrimos que es ese el tesoro que quiere traer a nuestras vidas. María nos ofrece a su Hijo, es decir, con El nos da el Evangelio, cuyas palabras Ella “guardaba y meditaba cuidadosamente en su corazón” (Cf Lc 2, 51); comparte con nosotros los Misterios de su vida, según vamos contemplando cuando rezamos la oración mariana por excelencia que es el Santo Rosario. Y en el Niño nos ofrece también el Misterio de su Presencia eucarística; “Ave verum corpus” canta la Iglesia admirada y agradecida porque el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se hacen presentes en la Eucaristía fueron dones recibidos del cuerpo virginal de su Madre, la Virgen María, en cuyo seno fue engendrado “por obra y gracia del Espíritu Santo”.

Por eso también nosotros estamos llamados a acoger al Niño, a ser en definitiva instrumentos del Señor para llevar como María la salvación que trae ese Niño pequeño. También nosotros tenemos que pedirle al Señor que nos conceda la gracia del Espíritu Santo y “nos transforme en ofrenda permanente”, (Cf Plegaria eucarística III^a) para hacer de nuestra vida una entrega generosa a los demás. Acoger al Niño en nuestra vida es tener claro que como María tenemos que salir al encuentro de las necesidades de nuestros hermanos para compartir con ellos lo que nosotros hemos recibido de Dios.

Al mismo tiempo, venimos hoy con fe a nuestra Madre para que nos enseñe a acoger al Niño en nuestra vida y poder como Ella salir al encuentro de las necesidades de nuestros hermanos para compartir con ellos lo que nosotros hemos recibido de Dios. Y es la acogida de Jesús en nuestro corazón lo que nos impulsa en estos momentos de crisis a ser generosos. A no olvidarnos de los que más sufren especialmente los inmigrantes, los ancianos y enfermos que gritan en su soledad y reivindican el derecho a ser acompañados. Es por ello que no podemos acentuar en nombre del COVID los sufrimientos de tantas personas mayores. Es eso lo que nos obliga a reivindicar a las autoridades sanitarias a buscar caminos que humanicen la estancia de los enfermos y familiares en los hospitales, que humanicen los últimos momentos de la vida con unos buenos cuidados paliativos y un acompañamiento de la familia. (Relatar experiencia con mi madre). A su vez, me vais a permitir darle gracias a María por suscitar en nuestra Diócesis tantos hombres y mujeres que dan su tiempo, su trabajo y su amor en Cáritas, en la pastoral de migración y de la salud.

En definitiva hermanos invocar a María como Madre nos llama a todos a vivir la fraternidad y, como Iglesia, la sinodalidad que tendremos tiempo de hacer crecer en este nuevo curso con la apertura del sínodo que ha convocado el Papa Francisco. Invocar a María como Madre es saber que somos responsables de nuestros hermanos, especialmente los más desfavorecidos.

Por tanto, queridos hermanos y amantes devotos de nuestra celestial Patrona Nuestra Señora del Pino, que Ella “que supo decir «sí» a la voluntad de Dios, y nos enseña como nadie la fidelidad a su divino Hijo, al que siguió hasta su muerte en la cruz” nos conceda un corazón puro y virginal que no anteponga sus propios criterios a los planes de Dios, sino que obedezca dócilmente su Palabra para hacerla vida en la propia vida, haciendo de ella “un culto agradable a Dios” (cf Rm 12,1) para el bien de nuestros hermanos. Que así sea